

Número 12

15 de mayo

1915

San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

SAN SELERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

LOS NIÑOS AMARILLOS

El país que tiene mayor número de niños es la China. La vida que llevan estos chiquillos de piel amarilla y ojos oblicuos, es bien diferente de la de los niños blancos.



Una familia de labradores chinos comiendo con los palitos que usan en vez de cubiertos.

Cuando nace un hombre es recibido en la familia china con gran alegría. Pero,—triste es decirlo,—cuando es una niña la que viene al mundo, es acogida con frialdad y desagrado. Con más frecuencia que entre nosotros, se encuentran allí, padres sin corazón, que

abandonan a sus hijos recién nacidos, principalmente cuando son niñas. Sin embargo, en los últimos años, parece que han comprendido lo cruel de tal costumbre y han fundado sociedades con el propósito de abolirla ⁽¹⁾ y de castigar a los desnaturalizados padres que tal hacen.

Tan pronto como el niño chino tiene un mes, su cabecita es completamente afeitada, porque sus padres creen que así el nuevo cabello saldrá más fuerte. Cuando ya éste ha vuelto a crecer y es suficientemente largo, forman con él unos *piruchitos* a los lados de la cabeza, y al cabo de un tiempo se los retuercen en forma de colas. Es muy divertido verlos cuando los envían a la escuela, con sus mechas atadas con cordones rojos y en forma de colas de cerdo, que se mueven al caminar.

Los chinillos van a la escuela a la edad de seis años y esto es considerado en la casa como un gran acontecimiento, y hasta se consulta antes con un adivino, para que diga en que día debe el niño hacer su primera aparición en ella. Ese día, *estrenando de todo* y con la cabeza bien afeitada y su trenza cayéndole sobre la espalda, camina detrás de su padre, que lo conduce a la escuela. Ya en ella, se adelanta al maestro, para quien lleva un regalo. Después quema incienso en honor de Confucio, quien es para ellos como Jesús para los cristianos. Luego va a sentarse en un alto banco y saca de sus grandes mangas, que le sirven de bolsas, la pizarra, los libros y los juguetes.

En las escuelas chinas las lecciones se recitan a gritos. Ya podemos imaginar qué alboroto se debe sentir

(1) Quitarla.

al pasar por ellas. Los pequeños escolares hacen sus curiosas letras, no con plumas ni lápices sino con pinceles.

Tienen una creencia muy curiosa: imaginan que en cada persona hay tres almas o espíritus. Si un niño chino se enferma, los padres se acongojan mucho; si empeora, de tal manera que su vida parece en peligro, creen que una de las almas se ha ido y entonces la madre grita



desesperadamente para que regrese al cuerpo de su querido pequeño. Cuando la enfermedad agrava, es porque el segundo espíritu se ha marchado también y la muerte llega al partir la tercera alma.

Las niñas en China no van a la escuela, porque piensan que no es necesario que la mujer se instruya; y así, se quedan en casa, cuidando de sus hermanitos, hilando el algodón, haciendo pan y lavando.

Dichosamente para las niñas de la raza amarilla que viven allí hoy día, el ejemplo dado por los países

Europeos y americanos, ha influido, porque ya hay entre ellos muchos que piensan que sus mujeres deben también instruirse.

En algunos lugares, las niñas de las familias nobles, son cruelmente maltratadas: desde muy pequeñas les estrujan los pies para impedir que crezcan. Estas pobres criaturas tienen que caminar casi arrastrándose y nunca pueden correr ni bailar.

Pero también esta cruel costumbre está desapareciendo.

Los supersticiosos chinos imaginan que cuando un niño viene al mundo, es aguardado por muchos espíritus buenos y malos. En la habitación en la cual va a nacer, prenden candelas rojas y las personas que allí se encuentran deben hablar sólo palabras bondadosas.

El día en que al recién nacido le afeitan la cabeza, hacen ceremonias especiales. En esa ocasión le ofrecen muchos regalos, como gorros adornados con borlas y campanillas o imágenes en cobre de uno de sus dioses, para que se las pongan al cuello.

Al nacer les dan un nombre que es cambiado por el maestro al entrar en la escuela y luego al casarse toman otro. A menudo el niño se llama *perro*, *vagabundo*, *inútil*, *feo*, etc. Esto lo hacen los padres con el fin de engañar a los espíritus, a quienes quieren hacer creer que no aman a sus hijos para que no se los lleven. A veces también y con el mismo fin, estas supersticiosas gentes, fingen que castigan a los niños con golpes y en otras ocasiones les ponen cadenas al cuello ó en las manos para que las tres almas no se les escapen del cuerpo.

En estos últimos tiempos los niños amarillos han tenido mucho que sufrir por la terrible guerra que acaba de haber entre ellos. Antes tenían un rey a quien debían considerar como a un dios y que tenía sobre ellos un poder absoluto; pero la guerra echó abajo este rey y hoy los gobierna un presidente como a nosotros.

Ya la China no es un imperio sino una república. Tal cambio les traerá muchos bienes y los pequeños chinitos de ahora serán más felices que los de antes.

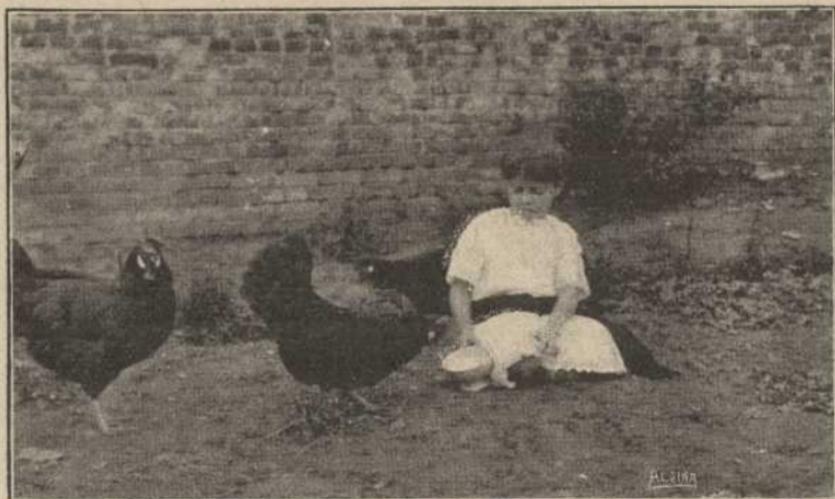
(Children's Magazine).

Arreglo.

EL NIÑO QUE NO TENIA PAPEL

(CUENTO CHINO)

Un muchachito que tuvo la desgracia de perder a su padre cuando contaba apenas cuatro años, deseaba ardientemente estudiar para presentar sus exámenes; pero su madre era muy pobre y por tanto el muchacho no podía comprar papel ni tinta y pluma que necesitaba para su estudio. Yang-su, que así se llamaba el niño, estuvo por varios días afligido sin saber qué hacer. Cómo podía estudiar si para ello necesitaba escribir y no tenía papel? Pero Yang-su probó muy pronto que querer es poder. Como él vivía cerca de la costa, fué a la playa llevando consigo una pequeña rama de árbol, y con ella escribió y resolvió sus problemas sobre la arena.



LAS GALLINAS DE CAVITA

Todas las mañanas,
la buena Cavita
les da el desayuno
a sus tres gallinas.

Afrecho de trigo,
restos de comida,
maíz y bananos
son su golosina;
luego beben agua,
y se van tranquilas,
a buscar insectos
y comer yerbitas.

Antes del almuerzo,
en los nidos chillan,
y con cacareos
llaman a la niña,
para que recoja
los huevos del día.

Si todos hicieran
lo que esta chiquilla,
merengues y torta
siempre comerían.

A. ALFARO.

LA SALVACIÓN DE LOS ANIMALES

La vieja Séfora vivía en la aldea de Belén.

Y vivía merced a un rebaño de cabras y a lo que le producía un pequeño campo de higueras.

En su juventud había servido a un sacerdote; de suerte que, en cosas de religión, era más instruída de lo que ordinariamente suelen serlo las personas de su condición.

Había vuelto a la aldea, se había casado, había sido varias veces madre, y luego había perdido a su marido y a sus hijos. Y desde entonces, aun cuando siguiera siendo bondadosa y caritativa para con los hombres, lo mejor de su ternura se concentró en los animales. Domesticaba pájaros y ratones; recogía perros abandonados y gatos perdidos, y su casita estaba llena de esos humildes amigos.

Y los quería no solo por lo inocentes, porque dan el corazón a quien los quiere y por su incomparable buena fe, sino también porque su alma tenía gran necesidad de justicia.

Séfora no podía comprender que sufriesen aquellos que no son malos.

Bien o mal, ella se explicaba los sufrimientos de los hombres. Instruída por el sacerdote no creía que todo acabase en la durmiente paz del sepulcro, ni que el Mesías, cuando viniera, hubiese sencillamente de establecer la dominación terrestre de Israel. El «reino de Dios» tenía que ser el reino de la justicia más allá de la tumba. Claramente se le aparecía que en ese mundo

desconocido el dolor merecido hubiese de ser una expiación; y en cuanto al dolor inmerecido y estéril—como el de los niños de corta edad o el de ciertos desgraciados que solo han pecado medianamente—no sería más que un mal sueño, recompensado luego, con una suma, por lo menos igual, de felicidades.

Pero ¿y los animales que sufren? ¿Y esas bestias que mueren lentamente de enfermedades crueles—como las de los hombres—y aunque moribundas continúan mirándonos con sus hermosos ojos? ¿Y los perros cuya ternura nadie aprecia, o aquellos que pierden el amo a quien se entregaron y se consumen por haberle perdido? ¿Y los caballos que pasan toda la vida en esfuerzo constante, recibiendo golpes que a veces les hacen sangre, y que reposan en la triste obscuridad de las estrechas cuadras? ¿Y las fieras cautivas a las cuales consume el aburrimiento de estar entre las cuatro rejas de la jaula? Y todos esos animales cuya vida es tan solo un dolor sin esperanza, que ni siquiera tienen voz para hacerse comprender, para decir lo que soportan o para aliviarse maldiciendo? A éstos, ¿para qué les sirve el sufrimiento? ¿Qué expían? ¿Qué recompensa pueden esperar?

Séfora, que era una anciana muy sencilla, pero ingenuamente hambrienta de justicia, agitaba con frecuencia estas cuestiones en su mente. Y la idea del mal inexplicado le obscurecía la belleza del día y los exquisitos colores de la colina de Judea.

*
* *

Cuando los vecinos fueron a decirle: «El Mesías ha nacido; un ángel nos lo ha anunciado la noche última;

está en un establo a un cuarto de legua de aquí y le hemos adorado», la vieja Séfora respondió:

—Ya lo veremos.

Tenía una idea...

Por la noche, después de haber cuidado a sus cabras, de haber dado de comer a los otros animales y de haberlos besado a todos, salió de la casa y se dirigió al establo maravilloso.

... En el seno de aquella noche azul, la llanura, las rocas, los árboles, hasta las briznas de hierba parecían inmovilizadas por la dicha. Se hubiera dicho que todo, en la tierra reposaba deliciosamente. Mas la vieja Séfora no olvidaba que, en aquel mismo momento, la Naturaleza injusta continuaba haciendo cosas que hacían dudar de la reparación futura; tampoco olvidaba que, en aquel mismo instante, por el vasto mundo, enfermos que no habían hecho ningún daño sudaban de angustia en el lecho del dolor, que viajeros inocentes eran degollados en los caminos, que habían hombres torturadores⁽¹⁾ de otros hombres, madres que lloraban besando a sus hijitos muertos, y bestias que sufrían de manera indecible y sin saber por qué.

Ante ella vió un suave resplandor, pero al mismo tiempo tan vivo que hacía palidecer el de la luna; la luz salía del establo, abierto en una roca, que sostenía pilares naturales.

Junto a la entrada, unos cuantos camellos dormían con las rodillas por tierra, en medio de montones de vasos cincelados o pintados, de canastos de frutas,

(1) Que maltrataban.

de pesados tapices, de cofres entreabiertos en los cuales innumerables joyas centelleaban prodigiosamente.

—¿Qué es esto?—preguntó la pobre vieja.

—Los reyes que han llegado—le contestó un hombre.

—¿Reyes?...—exclamó Séfora, frunciendo el entrecejo.

*
* *

Y entró en el establo. Vió al niño Jesús metido en un pesebre, entre María y José, tres Magos, pastores y labriegos con sus mujeres, sus hijos y sus hijas, y, en un rincón, la mula y el buey.

—Esperemos—dijo para sí.

Los tres reyes se acercaron al niño; los pastores, ante ellos, retrocedieron respetuosamente. Pero el niño Jesús hizo señas a estos últimos para que se acercasen.

La vieja Séfora no se movió.

El niño colocó primero la manita sobre la cabeza de las mujeres y de las muchachas, porque son éstas las que sufren más y son también las de más manso corazón, y luego sobre la de los hombres y la de los muchachos.

Y María les dijo a todos:

—Sed pacientes: El os quiere y viene para sufrir con vosotros.

En ese momento, creyó el rey blanco que le había llegado el turno; mas el Niño, con cariñoso ademán, llamó al rey negro y luego al amarillo.

El rey negro, bien peinado y brillantes las trenzas del pelo que frotara con aceite, enseñó los blancos dientes al sonreír, ofreció al recién nacido collares hecho

con espinas de pescado, piedras de diferentes colores, dátiles y cocos.

Y María le dijo:

—No eres mal hombre, pero sí ignorante. Procura imaginar lo qué serías en tu país si no fueses rey. No te comas a tus semejantes, ni pegues más a tus súbditos.

El rey amarillo—el de ojos oblicuos—ofreció piezas de seda con quimeras ⁽¹⁾ bordadas, jarrones en los que aparecía el esmalte como helado por los rayos de la luna, una esfera de marfil curiosamente labrada que representaba el cielo con sus astros y todos los animales de la creación, y sacos de te que cortara, en la buena estación, de arbustos escogidos.

Y María dijo a éste:

—No te ocultes de tu pueblo; no creas que toda la sabiduría reside en tí y en tu raza, y cuida de aquellos que sólo comen arroz malo.

El rey blanco, vestido con traje militar, ofreció al Niño delicadas orfebrerías, ⁽²⁾ armas cinceladas ⁽³⁾ y nieladas, ⁽⁴⁾ estatuas talladas que semejaban mujeres muy hermosas, y estuches de púrpura conteniendo los manuscritos de un sabio llamado Platón.

Y la Virgen dijo al rey:

—No hagas guerras injustas, y teme a los placeres porque endurecen el corazón. Dicta leyes justas y ten la convicción de que importa a todos y a tí mismo, muy

(1) Monstruos fabulosos.

(2) Bordadura de oro o plata.

(3) Labradas con cincel que es un instrumento de hierro para labrar piedras y metales.

(4) Adornadas.

especialmente, que en tu reino a nadie se maltrate.

Y después de haber bendecido a pastores y a labriegos, el Niño bendijo a los reyes en el orden que los había llamado.

*
* * *

La vieja Séfora se decía:

—El orden observado es justo y razonable, pues el Niño ha empezado por los que más necesitaban de su venida. Se comprende con bastante claridad que El se preocupa de la justicia y que restablecerá el reinado de ésta, sea en este mundo, sea en el otro... Además, su madre ha hablado con mucha cordura...⁽¹⁾ Sin embargo, no ha pensado en todo. ¿Qué hará en favor de los animales?

María que adivinó su pensamiento, se volvió hacia el Niño, y éste, hacia la mula y el buey.

*
* * *

La mula, flacucha y roñosa; el buey, bastante gordo, pero triste... Y los dos se acercaron al pesebre y olfatearon a Jesús...

El niño pasó una de las manitas en el hocico del buey, y con la otra mano agarró suavemente una de las orejas de la mula.

El buey, al parecer, sonrió, y dos lágrimas rodaron de los ojos de la mula, lágrimas que fueron a perderse en el hirsuto ⁽²⁾ pelo de la bestia.

Al mismo tiempo, uno de los camellos que estaban fuera, entró tranquilamente en el establo y acercó confiadamente su testa al Niño.

⁽¹⁾ Prudencia

⁽²⁾ Duro.



La vieja Séfora comprendió lo que esto significaba: se convenció de que también hay un paraíso para los animales que sufren...

Y a su vez se acercó al Niño.

JULES LEMAITRE

(Al margen de los libros viejos.)

AVENTURAS DE TÍO CONEJO

Tío Conejo era una pícara y maliciosa personilla y más insolente que una *piapia*. Toda la vida estaba jugando malas partidas a sus vecinos y ellos, por supuesto, deseaban deshacerse de él a todo trance. Pero como era tan *maldito*, no dejaba de ser una tarea difícil el cogerlo. Un día, tío Co-



yote dijo a tía Zorra:

—Vea, tía Zorra, si no nos apoderamos de ese *zángano* para cenárnoslo esta noche, dejo de ser coyote y me meto a ser un pobre comedor de zacate. Vaya Ud., acuéstese en su cama y yo *riego* por todas partes que tía Zorra ha muerto. Y entre tanto, Ud. más callada que una piedra. Cuando llegue a verla tío Conejo y la toque, le caemos encima.—Y dicho y hecho: tía Zorra se metió en la cama y tío Coyote llegó a la puerta de tío Conejo: tun, tun!

—¿Quién es?

—Malas nuevas, tío Conejo—dijo tío Coyote.—Ay! mi pobre amiga tía Zorra ha muerto esta mañana y yo tengo que ir a arreglar la cuestión de los funerales.

Tío Coyote se marchó y tío Conejo se fue a la casa de la difunta. Se asomó y vió tendida en su cama a la Zorra, muerta muerta y tiesa tiesa. Pero aquel tío Conejo era bien *indino* para que tan así no más lo engañaran. Y tienen Uds. que se puso a decir en alta voz como hablando consigo mismo: Ay! pobre tía Zorra! ay! para que no estuviese muerta! Pero yo creo que si lo está. Mejor me siento a llorar hasta que vengan otros vecinos...pero yo me pregunto si *de veras* estará muerta!—continuó con aire de duda—No lo parece, pero no es difícil convencerse...porque he oído decir que cuando una zorra está muerta, sacude una de las patas de atrás.

Al oír esto tía Zorra, quiso demostrar que realmente estaba muerta, y he aquí que comenzó a sacudir una de sus piernas. Todo fue apercebirse de esto tío Conejo y... patitas para qué os quiero?... No paró hasta que llegó a su casa sano y salvo.

Y tío Coyote y tía Zorra se acostaron sin cenar aquella noche.

UNA MANERA FACIL DE CONSTRUIR UN TELÉFONO

Un teléfono sencillo puede hacerse con materiales que están al alcance de todos los muchachos, y que les

permitirá comunicarse a través de una distancia de un cuarto de milla, o sean 400 metros.

Entre los útiles necesarios están dos tablillas de 25 centímetros de ancho por 35 centímetros de largo y cerca de 1 centímetro de espesor. Pueden obtenerse de una caja de madera. En el centro de cada una se abrirá un agujero circular de 20 centímetros de diámetro; la circunferencia se puede dibujar antes en la madera con un plato que tenga el mismo diámetro. Para cortarlo, debe usarse una sierrita de calar, y en caso de que ésta no se tenga a mano, se harán agujeros muy juntos uno del otro alrededor de la circunferencia, con una barrena pequeña; después, por medio de una navaja o formón se acabará de cortar con facilidad. Las tablitas así arregladas quedan ya listas.



Fig. 1

Se conseguirán enseguida dos vejigas en una carnicería, que se mantendrán infladas por unos pocos días, con el fin de que estiren, teniendo cuidado, sin embargo, de que no se sequen por completo; cuando se han estirado se cortan por el cuello y se sumergen en agua caliente, para que se pongan blancas y flexibles. Entonces se colocan sobre los huecos hechos en las tablillas, procurando que no se formen arrugas y que no quede más estirada en una dirección que en otra.

Se tomará luego una banda de cuero delgado que se clava con tachuelas alrededor del borde del hueco de la tabla, y sobre la vejiga, como se vé en la figura 1. Los bordes sobrantes de la vejiga pueden cortarse enseguida. Las tachuelas que se usen deben tener la cabeza grande, y se tendrá cuidado de que queden bien clavadas. Lengüetas de botas viejas cortadas en tiras de dos centímetros de ancho, pueden sustituir la banda de cuero.

Enseguida por los huecos de un botón, se pasará un alambre muy delgado (figura 2) retorciéndolo des-



Fig. 2

pues para impedir que el botón se salga. Se hará un agujerito exactamente en el medio de la vejiga y se pasará por él el alambre de-

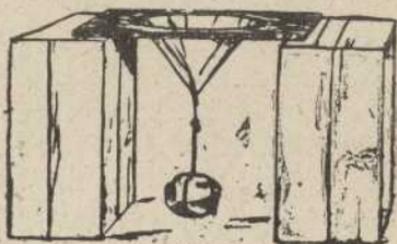
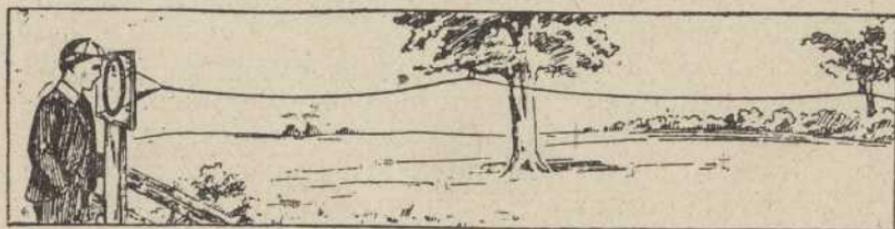


Fig. 3

jando el botón del otro lado. Del extremo del alambre se colgará una piedra que pese, más o menos, 7 libras; y se pondrá todo al sol, de manera que el peso cuelgue de las vejigas, hasta que estén secas y duras (figura 3). Todo lo que resta por hacer ahora, es fijar las dos tablillas a un poste, a la distancia que se quiera uno del otro, y conectarlas uniendo un alambre fino a los dos que están asegurados a los botones. Este alambre puede ser de cobre, o uno muy fino de hierro.



El alambre se sostendrá en el trayecto en las ramas de los árboles, por medio de gasas de cáñamo, como se ve en el grabado.

Para llamar a la persona con quien se desee hablar basta dar golpecitos con un lápiz en la vejiga.

(Tomado de *The Children's Encyclopaedia*).